

CUANDO DIOS LLAMA

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 7: VOCACIÓN Y APOSTOLADO

CUANDO DIOS LLAMA

Esta es la llave para abrir la puerta y entrar en el Reino de los Cielos: «qui facit voluntatem Patris mei qui in coelis est, ipse intrabit in regnum coelorum» —el que hace la voluntad de mi Padre..., ¡ése entrará! ¹.

Dios tiene una voluntad precisa, un proyecto singular para cada hombre. No nos lanza a una existencia ciega, sin rumbo definido. Tenemos una meta y un camino preparado para colmar todos los afanes, las ambiciones más nobles.

Ser santos

La meta es la plenitud del Amor: la santidad. ¡Con qué fuerza ha predicado nuestro Fundador esta doctrina desde 1928! *Una vez más —ha escrito— me lo propongo a mí, y os lo recuerdo también a vosotros y a la humanidad entera: ésta es la Voluntad de Dios, que seamos santos (...). A cada uno llama a la santidad, de cada uno pide amor: jóvenes y ancianos, solteros y casados, sanos y enfermos, cultos e ignorantes, trabajen donde trabajen, estén donde estén ².*

Para que este proyecto de amor se realice, es precisa la cooperación de la libertad humana. Somos capaces —tristemente capaces— de rechazar el fin que Dios nos propone; de alejarnos, por tanto, de nues-

(1) *Camino*, n. 754.

(2) *Amigos de Dios*, n. 294.

tra propia felicidad, buscando otros objetivos incompatibles con la santidad de Nuestro Padre Dios. Sin embargo, no por eso el Señor deja de llamarnos desde toda la eternidad. *Elegit nos in ipso ante mundi constitutionem, ut essemus sancti*³, nos eligió antes de la creación del mundo para que seamos santos.

*Cuando (...) me encuentro con esa frase de la Escritura Santa —comentaba nuestro Padre—, se me llenan la boca y el corazón de dulzuras de miel y de panal. ¡A cada uno de nosotros nos ha escogido el Señor, para que seamos santos en su presencia! Y eso, antes de la creación del mundo, desde toda la eternidad. Esta es la providencia maravillosa de nuestro Padre Dios. ¿Cabe alegría mayor que la de saberse amado de esta manera por el Creador de los cielos y la tierra?*⁴.

Esta llamada es universal. Que nadie intente encontrar en el Evangelio un salvoconducto que autorice la mediocridad: no existe ese cristianismo de segunda clase, porque la meta es idéntica para todos los hombres. Sin embargo, para alcanzar este único fin, cada alma tiene un camino propio, una vocación específica, que responde también a una expresa voluntad de Dios. En este sentido, no hay dos personas iguales. *El encuentro de Dios con cada hombre es inefable e irrepetible*⁵.

Una llamada específica

Así recuerda el Apóstol San Juan el momento de su primer encuentro con Cristo, el día en que conoció a Jesús y descubrió su camino. El Bautista estaba junto al Jordán con dos de sus discípulos: Juan y Andrés. *Fijó la vista en Jesús que pasaba y dijo: he aquí el cordero de Dios. Los dos discípulos, que lo oyeron, siguieron a Jesús*⁶.

Hijos míos —comentaba nuestro Fundador en una ocasión—: *estoy persuadido de que os habéis hecho mil consideraciones maravillosas siem-*

(3) *Ephes.* 1, 4.

(4) De nuestro Padre, *Crónica*, 1974, p. 950.

(5) De nuestro Padre, *Crónica*, 1971, p. 352.

(6) *Ioann.* 1, 36-37.

pre que habéis leído esta parte del Evangelio. Muchos habéis tenido la gran dicha —la que tuve yo— de sentir en plena juventud esta llamada de Jesús ⁷.

Aquellos dos hombres jóvenes se dejan guiar por el Señor; se sienten movidos por la gracia, que les llega a través de la Humanidad Santísima de Jesucristo. Seguramente ni ellos mismos habrían podido explicar por qué fueron tras el Maestro. Por eso, cuando Jesús, viendo que le seguían, les preguntó: *¿qué buscáis?* ⁸, no responden; sólo expresan un deseo: estar con El, conocerle más.

Dijéronle ellos: *Rabbi, que quiere decir Maestro, ¿dónde vives?* Les dijo: *venid y ved. Fueron, pues, y vieron dónde vivía y permanecieron con El aquel día* ⁹.

Larga debió ser la conversación y hondo se metió el amor en el corazón adolescente de Juan: porque cuando más tarde —a la vuelta de los años— relata su divina aventura, aquella parte del Evangelio tiene el candor y el perfume de un diario afectuoso —hora autem erat quasi decima (Ioann. I, 39), eran las cuatro de la tarde, escribe—, recordando el instante preciso, en el que videns eos sequentes se (Ioann. I, 38), viendo Jesús que le seguían, les invitó a acompañarle ¹⁰.

La vocación es sobrenatural

De mil formas distintas, con matices y coloridos diversos, se sigue repitiendo en todos los rincones del mundo la escena del Jordán, cada vez que alguien se acerca a la Obra. Dios se vale de unos medios humanos: de una amistad, del atractivo de un ambiente de trabajo, de la alegría contagiosa de esta familia sobrenatural..., para poner a muchas personas en condiciones de escuchar su voz.

¿Qué buscan quienes se sienten atraídos por el *bonus odor Chri-*

(7) De nuestro Padre, *Crónica*, 1969, p. 111.

(8) *Ioann.* I, 38.

(9) *Ioann.* I, 38-39.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942, n. 13.

sti¹¹ del Opus Dei? Hay, desde luego, una inquietud en el alma, un deseo —quizá no muy concreto— de entrega, de cambiar de vida, de encontrar algo que colme las ambiciones más altas. A veces, es la ilusión de hacer algo grande, de gastarse en bien de los demás... Pero todo esto, con ser ya una voz de Dios que puede constituir el preludio de una llamada, no es aún la vocación a la Obra. Esta es mucho más: es Dios que se mete de lleno en la vida de aquéllos con quienes se relaciona más de cerca, sin pedirles permiso. Mirad cómo busca a los que quiere que le sigan: a Pedro y a Andrés, cuando echaban las redes en el mar. Escuchad lo que les dice: seguidme a mí, y yo haré que vengáis a ser pescadores de hombres (Matth. IV, 19)¹².

La vocación no depende de los propios méritos, ni de las cualidades humanas, ni de una predisposición personal, del gusto o del sentimiento: es un tesoro que se encuentra sin buscarlo¹³, que aparece inesperadamente, porque es divina la iniciativa. Al topar con él, algunos responden que tienen otros planes, que prefieren servirle de modo diferente. El mandato de Cristo —¡sígueme!¹⁴— les parece imposible de cumplir o poco razonable. Es, sí, un camino espléndido —piensan—, pero no para ellos.

Un día —no quiero generalizar, abre tu corazón al Señor y cuéntale tu historia—, quizá un amigo, un cristiano corriente igual a ti, te descubrió un panorama profundo y nuevo, siendo al mismo tiempo viejo como el Evangelio. Te sugirió la posibilidad de empeñarte seriamente en seguir a Cristo, en ser apóstol de apóstoles¹⁵.

Nuestro Padre, al recordar este momento, que sin duda muchos han vivido, insiste: *tal vez perdiste entonces la tranquilidad...*¹⁶. Y así ocurre en la mayor parte de los casos. Por un lado, se siente la tentación de considerar que la llamada es simplemente humana: tan humana como la voz de aquel amigo que habla; tan ordinaria y corriente como el cúmulo de circunstancias que han hecho posible el primer contacto

(11) II Cor. II, 15.

(12) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 170.

(13) Cfr. Matth. XIII, 44.

(14) Matth. VIII, 22.

(15) Es Cristo que pasa, n. 1.

(16) Ibid.

con la Obra. Y, sin embargo, por otro lado, todo eso no explica lo que ocurre dentro del corazón: es Jesús quien se mete en el alma, con autoridad, sin pedir permiso. Por eso, nuestro Fundador, dirigiéndose a quienes por gracia de Dios respondimos a la llamada divina, pudo afirmar: *si cada uno de vosotros se pusiera ahora a decir en voz alta todo el proceso íntimo de su vocación, los demás juzgaríamos sin duda que todo aquello era divino: vuestra vocación y la mía* ¹⁷.

Quien se plantea la posibilidad de entregarse, de decir que sí al Señor, no tiene que pensar en méritos ni en flaquezas. No se trata de buscar razones que expliquen el porqué de esta predilección divina. Dios no necesita de nadie. *En la Obra* —comentaba nuestro Padre durante una tertulia— *caben todos y no hace falta ninguno (...). De modo que no tengáis miedo de que os echen el gancho. El gancho, o lo echa Dios o no lo echa nadie* ¹⁸.

No se hace ningún favor al Señor respondiendo a la llamada. Es El quien concede *la mayor de sus gracias: una prueba infinita de cariño; y vosotros y yo ¿qué hemos hecho para merecer esta maravilla de amor? Pues nada, no hemos hecho nada; es un gran regalo del Señor, que nos ha buscado, que nos ha hecho conocer esta manera santa de ser eficaces, de amar a todas las criaturas de Dios y darles paz y alegría* ¹⁹.

El ejemplo de nuestro Fundador

La vida santa de nuestro Padre es un continuo sí a su vocación. Dios le fue preparando desde muy pequeño —y aun antes, disponiendo también a sus padres— para que estuviese en condiciones, primero, de *barruntar el Amor*, y luego, cuando el Señor le hizo ver su Voluntad, de responder con generosidad heroica, sin decir jamás que no, desde el primer día hasta el último de su vida en la tierra.

Al considerar los acontecimientos grandes y pequeños de la biografía

(17) De nuestro Padre, Meditación, 6-I-1956.

(18) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 443.

(19) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 170.

fía de nuestro Padre, ¡qué clara se ve la actuación de Dios! Todo, desde lo más alegre hasta lo más doloroso y aparentemente incomprensible, tiene sentido cuando lo referimos a aquel 2 de octubre de 1928: al momento inefable en que el Señor hizo ver a nuestro Fundador la Obra. La muerte prematura de tres hermanas; la ruina familiar, la pobreza, aceptada con alegría, con señorío; aquellas pisadas en la nieve que fueron ocasión de *barruntar* la llamada... *¿Y sabes lo que decía yo?* —recordaba nuestro Padre—. *Como el cieguecito: Domine, ut videam!, Señor, haz que vea. ¡Que sea, eso que tú quieres, y que yo no sé qué es!* ²⁰.

A partir de 1928, la vida de nuestro Fundador no tiene otro sentido, otro fin, que llevar a cabo su misión divina, *con el oído atento, con la voluntad tensa, dispuesta a seguir las divinas inspiraciones* ²¹, como decía tres meses antes de su marcha al Cielo.

Igualmente conmovedoras resultan aquellas palabras que dirigió a sus hijos el día de San José del mismo año: *yo, que soy muy miserable y he ofendido mucho a Nuestro Señor, que no he sabido corresponder y he sido un cobarde, tengo que agradecer a Dios no haber dudado nunca de mi vocación, ni de la divinidad de mi vocación* ²².

Decir que sí al Señor

En este momento Dios está llamando a muchos corazones: a gente de todas las razas, de todas las condiciones sociales, de todas las edades. *He aquí que estoy a la puerta y llamo* —dice el Espíritu Santo—; *si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré y cenaré con él, y él conmigo* ²³.

Quizá algunos se resistan a oír la voz de Dios o no quieran reconocer que es divina la llamada. Puede ser el momento de considerar unas

(20) De nuestro Padre, *Crónica*, 1973, p. 492.

(21) De nuestro Padre, *Meditación*, 27-III-1975, en *Crónica*, 1975, pp. 809-810.

(22) De nuestro Padre, *Tertulia*, 19-III-1975, en *Crónica*, 1975, pp. 805-806.

(23) *Apoc.* III, 20.

palabras de nuestro Padre, dirigidas a quienes ya respondimos que sí un día:

No quiero que nadie se sienta coaccionado; en todo caso, sólo por la coacción del amor, sólo por la coacción de saber que no acabamos de corresponder al amor que Jesús tiene con nosotros, cuando nos ha buscado. Ego redemi te, et vocavi te nomine tuo: meus es tu! (Isai. XLIII, 1).

¡No vaciléis nunca! Desde ahora os digo —y no conozco vuestros problemas personales, pero las almas tienen un paralelismo tremendo, aunque sean distintas— que tenéis vocación divina, que Cristo Jesús os ha llamado desde la eternidad. No sólo os ha señalado con el dedo, sino que os ha besado en la frente. Por eso, para mí, vuestra cabeza reluce como un lucero.

También tiene su historia lo del lucero... Son esas grandes estrellas que parpadean por la noche, allá arriba, en la altura, en el cielo azulado y oscuro, como grandes diamantes de una claridad fabulosa. Así es de clara vuestra vocación: la de cada uno y la mía ²⁴.

Quizá notéis —insiste el Padre— que se enciende una luz en vuestra alma. Si esto sucede, no digáis a Dios que no. Sed generosos. Y lo mismo si no os ocurre ahora, sino dentro de algún tiempo: sed generosos, responded que sí. A algunos, el Señor os llevará por el camino del matrimonio; a otros, os querrá cerca de Sí con entrega también del amor humano noble. En cualquier caso, sed generosos y leales: ¡no le digáis que no! ²⁵.

Al que venciere —dice el Apocalipsis— le daré el maná escondido, y le daré también una piedrecita blanca, y en ella escrito un nombre nuevo, que nadie conoce sino el que lo recibe ²⁶. Es nuestro auténtico nombre, el que define desde toda la eternidad lo que somos para nuestro Padre del Cielo: un nombre de hijos amadisimos, elegidos para una misión divina, que da sentido y llena de luz toda la vida de quien responde que sí cuando Dios llama.

(24) De nuestro Padre, Tertulia, 19-III-1975, en Crónica, 1975, pp. 804-805.

(25) Del Padre, Crónica, 1976, p. 668.

(26) Apoc. II, 17.

[Anterior - Siguiente](#)
[Volver al índice de Cuadernos 7: Vocación y apostolado](#)
[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)
[Ir a la correspondencia del día](#)
[Ir a la página principal](#)